

Mi formación histórico-jurídica en Italia y Alemania

JUAN BENEYTO*

Tras una breve estancia en Francia, apenas cumplidos los veinte años y sin pasar por el servicio militar, del que supo excluirme mi padre gracias a sus buenas relaciones, pude salir de nuevo de España y ahora no por unos días sino para seguir dos cursos académicos. Concurrí y obtuve una de las pocas y disputadas becas del R. Colegio de San Clemente de los Españoles en la famosísima Universidad bononiense. La convocatoria dejaba ver que lo que privaba era el expediente, completado por una información confidencial encauzada por medio de un antiguo becario. En efecto, me vi llamado por persona a la que no conocía, pero de la que supe que había sido anterior Colegial. Y al final del verano, ya en Valencia, llegó el nombramiento. Se alegraron conmigo mis familiares, mis amigos y mis maestros, Lozoya y Carlos Riba, primeros informados y enseguida entusiastas: Riba me dijo que era una cosa providencial, que marcaba el camino de mi vocación, la cátedra. Cogió el

* Fue Catedrático de Historia del Derecho. Remitió este artículo para su publicación a una revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Málaga poco antes de fallecer. Esa publicación periódica se interrumpió por razones que no son al caso. Beneyto desde 1985 hasta su óbito participó en diversas actividades organizadas en Málaga. Estas notas son un interesante capítulo de su experiencia vital, no sólo como historiador del Derecho y de su formación en Italia y en Alemania, aparte de sus contactos con Pier Silverio Leicht, catedrático de Storia del diritto italiano en Bolonia y luego en Roma, que entonces mantenía numerosas relaciones intelectuales precisamente con historiadores del Derecho marginados por la línea oficialista de nuestra disciplina, tal y como la misma venía marcada por Sánchez Albornoz y Galo Sánchez. La abundante correspondencia que Leicht intercambió en los años treinta con Juan Beneyto y Ferran Valls i Taberner es buena prueba de ello y algún día deberían de publicarse esas misivas entre iushistoriadores españoles e italianos de los años veinte, treinta y cuarenta que tan celosamente se conservan en archivos privados (*María E. Gómez Rojo*).

Escalafón y me reafirmó en el empeño: seis años más tarde habría una plaza en Historia del Derecho. Lozoya sugirió que lo de Italia, con el arte y la cultura más sedimentada, iba a influir en mí. Ninguno se equivocó. Mi padre sintió mi propia satisfacción de haber triunfado..., sin conocer a nadie en la Junta que adjudicaba las becas. Y me dijo que había que ir a dar las gracias al presidente, Duque del Infantado.

Corrí, pues, a Madrid. Me hospedé en el Hotel de Roma, sin duda para ir acercándome a mi nueva residencia, y me presenté en el Palacio de Xifré, núm. 27 del Paseo del Prado. El Duque agradeció mi deferencia, me entregó la credencial, digna de meditada lectura porque la primera plana entera y algunas líneas del reverso eran sencillamente relación de los títulos de la Casa de que era entonces jefe don Joaquín-Ignacio de Arteaga-Lazcano y Echagüe, Silva y Méndez de Vigo, XVII en la serie de los duques, XII Marqués de Ariza, XIV de Estepa, XVIII de Santillana... ¡y a qué seguir! Seis veces Grande de España... y Almirante de Aragón. Con gran humor ayudó a endosarme el abrigo cuando, tras una cordial conversación, me aprestaba a dejarle. Yo quise arreglármelas sólo y él insistió explicando que únicamente quienes han sido mayordomos rehúsan ese gesto. Me dio la impresión de una gran personalidad en el trato y se alegró de mi prontitud en acudir a verle pues días después ya no estaría en Madrid, pues a su salud le convenía el clima invernal sevillano.

Visité también a mis tíos y primos. Pedro, el mayor, vivía en la calle de Goya; Pepita, casada con Pepe Jorro ya Conde de Altea, en Villanueva 15, esquina a Lagasca (desde uno de cuyos balcones podíamos ver a Perlita Greco, entonces celebrada artista, que frecuentaba los baños turcos instalados en la casa de enfrente); a Pepe, con vivienda en Serrano 3, no le pude ver —acababa de partir para su destino diplomático en Venezuela—. Pepe Jorro me sugirió que me llevase a Italia cartas de presentación y él mismo me envió a don Rafael Altamira, amigo suyo y enseguida mío, al que visité en su entre-suelo de Lagasca 101, quien me entregó una improvisada y cordial misiva para el Rector de Roma, Giorgio del Vecchio.

Y ya en plan de visitas fui a ver a don Claudio Sánchez-Albornoz, a quien había tratado en el Centro de Estudios Históricos y de quien deseaba orientación, ya decidido a opositar a cátedras. Charlamos largamente en su biblioteca-estudio del chalet de la Cuesta del Zarzal 4. Me propuso como tema de tesis los Contratos agrarios medievales. Y me dio una carta para el catedrático de Milán Arrigo Solmi.

Otra visita, en fin, menos orientada a la ciencia pero muy ligada al conocimiento de los hombres fue la que hice a don Ángel Ossorio. Lo conocía desde su conferencia de Valencia y su comilona de arroz en el Saler. Fue él el primero en hablar: había leído un artículo mío enviado para la *Revista General de Legislación*, que él dirigía, y pretendía que lo convirtiese en conferencia. Me excusé por mi inexperiencia como orador y por la inmediata ausencia de España, tras la beca de Bolonia. Recuerdo que fue en su despacho, en Ayala 44, y que mientras esperé en la antesala coincidí con otro joven que iba a hablar a don Ángel de su tesis, sobre la limitación temporal de la herencia... Comentó

que también escribía cuentos y que estaba a punto de salir a la calle un libro de ellos. Se titulaba *Seis cuentos y uno más*; lo recibí poco después en Valencia y lo comenté en mis colaboraciones de *Las Provincias*. Yo tenía olvidada la conversación con Ossorio, y el autor del libro de cuentos –Luis María Vilallonga– me ha recordado recientemente, desde Biarritz donde reside tras la guerra civil, que le comentamos sus artículos en *El Debate* uniéndole al grupo que apoyaba tal diario y don Ángel puso sus reservas diciendo que allí él era una isla «rodeado de agua por todas partes» (Luis María Vilallonga, además de su tesis y sus cuentos, es el autor del libro lanzado en 1948 desvelador de un pacto Franco-Stalin, verdadera bomba en tales circunstancias). Ossorio hizo además, para mí, algunos comentarios sobre la política italiana, pues él con su Partido Social Popular estaba introduciendo aquí la que luego se llamó Democracia cristiana.

También quise cambiar impresiones con don José Ortega. Le llamé a Serrano 47 y me citó en la Casa del Libro, en la Gran Vía que entonces se dedicaba a Pí y Margall. Esperaba a Zubiri y charlamos sobre la *Rivista internazionale di filosofia del diritto* y de Del Vecchio, para quien le conté llevaba una carta de Altamira. Por medio de Martínez Artero, colegial del año anterior, al que fui presentado por el abogado Cassinello amigo de mi tío Pepe, conocí también a Gómez Piñán, catedrático de Murcia que trataba de conseguir puesto en Madrid. Le visitamos en su casa, hacia mitad de la calle de Alcalá y me impresionó lo muy perfumado que iba, recordándome que poco antes también había recibido esa impresión de otro hombre próximo a la clerecía, Xavier Zubiri.

De regreso a Valencia, mis padres encantados. Lo había hecho muy bien. Mi madre puso reparos a mi relación con Altamira, a quien consideraba de izquierda. Le expliqué que precisamente en el medio de su salón, sobre una viga orlada a modo de hornacina tenía una imagen de la Virgen del Pilar... Ésto hubo de tranquilizarla y ni siquiera le pareció mal, años más tarde, que prologara mi primer libro de historia jurídica.

La relación con Ramón Martínez Artero, colegial del año anterior, como he dicho, que tenía que volver entonces, me fue muy interesante, pues a su través supe de la organización del viaje a Italia para incorporarme al Colegio. Los colegiales que iban como segundo curso habían encargado a uno de ellos –Pablo de Larrazábal y de Arancibia– de reservarles plaza en uno de los «Contes», famosos transatlánticos italianos en aquella época: lo hizo en el *Conte Rosso* que a su regreso de la ruta de América del Sur tocaba en Barcelona. Allí nos citamos.

Tras una noche en el Hotel Colón, donde Arancibia nos esperaba, como marino vasco, luciendo la gorra del Náutico del Abra, fuimos juntos al puerto y al atardecer partimos. Tras una breve parada en Villafranca, frente a Niza, donde bajaron algunos pasajeros –entre ellos uno, médico argentino, becado para el Istituto Rizzoli de Bolonia que como tal se nos presentó al sabernos con igual final de trayecto– llegamos a Génova en veinticuatro horas. Fue una hermosa jornada, contemplando el mar durante el día y charlando en la noche,

y viendo una película tras la cena, creo recordar que *Bombas en Montecarlo* o *El Congreso se divierte*.

Del puerto fuimos a la estación y a las pocas horas de viaje en tren llegamos a Bolonia, y entramos por la gran puerta de la hermosa edificación albornociana. Nos esperaba el mayordomo, Marco, y enseguida nos recibió el Rector, don Manuel Carrasco, maestro en la etiqueta y el buen orden. Se nos asignó habitación, es decir habitaciones, pues disponíamos de un gabinete-estudio y de un salón-dormitorio. Tras dejar arrumbados los trebejos de viaje y en disposición de ordenar el contenido de las maletas, Marco se despidió tras inquirir a qué hora queríamos que nos despertase y a qué temperatura nos preparaba el baño... Poco después nos avisaba para cenar y subíamos al gran comedor donde ya estaban algunos otros compañeros y a donde no tardó en llegar el Rector.

Una nueva vida empezaba para mí y para mis nuevos camaradas, en conjunto ocho españoles entregados al estudio de la materia propia de la Facultad escogida, cuatro nombrados cada año, pues pasábamos dos allí. El más antiguo tomaba un cierto poder de convocatoria sobre los otros: le llamábamos Decano y ocupaba lugar de preferencia en la mesa. El último en llegar era el «Bimbo», es decir el «bambino» o pequeño y para él serían más las cargas que los honores, a manera de secretario de tal colectivo.

Bolonia, ciudad esencialmente universitaria, con la tradición de los Glosadores y con viejos privilegios para los estudiantes, nos quedaba abierta tanto en el orden académico como en el social. Si el Profesorado nos distinguía por aquello de que éramos una reducida selección de estudiosos, la aristocracia regional abría sus palacios a los Colegiales, considerados todos «molto nobili», y nosotros frecuentábamos la amistad de las muchachas más ilustres sin desdeñar el trato con las modistillas –«sartine»– a menudo más alegres que aquéllas. Tuvimos amistades femeninas como correspondía, y uno de mis colegas, Juan San José Cámara, bilbaino, aficionado a componer música me pidió letra para un tango. Y así salió *Recuerdo*, dedicado a una amiga común –Maria Luisa Carnacini– y editado por F. Bongiovanni con todos los derechos reservados y versiones para piano, mandolina y orquesta. Maria Luisa disponía de una hermosa finca en Casalecchio, con campo de tenis, a donde solíamos acudir, junto a otros amigos y amigas. Fue el año de la *Valencia* de Padilla («Dolce terra, che mi aferra...») y de *Amapola, dulcísima Amapola...* Por cierto que era lamentable explicar cómo ese bellísimo vocablo que entusiasmaba –sin duda por sospechado erotismo– a las chicas, corresponde al italiano «Papaver», que suena a botánica farmacéutica.

De los profesores, todos nos estimaban y con casi todos tuvimos amistad. No fui alumno, sin embargo, del más famoso de ellos, Antonio Cicu. La mayor relación fue, como es claro, con quien era titular de la disciplina a la que yo pretendía ligar mi futuro: la Historia del Derecho, Pier Silverio Leicht; pero precisamente Leicht vivía en Roma más que en Bolonia –lo que me obligó a frecuentes desplazamientos–. Leicht era entonces Secretario de Estado de Educación, cartera que se reservaba el propio Mussolini. Así, su casa en Roma, en

la calle de la Princesa Mafalda, me tenía como visitante pertinaz. De Cicu se decía que era partidario del divorcio y que como explicaba también Civil en la Universidad Católica de Milán... excluía del programa lo que se refería al matrimonio. El alumnado español de Cicu le convirtió en el maestro con más discípulos en la cátedra que ninguno otro, y así más tarde le invitaron a España. Era un gran maestro pero un pésimo conversador. Preciso y conciso, hablaba solamente lo que podía plasmarse en letra versal: la lección o el texto. Años después tras su visita a España lo comentó mi mujer con la suya. Decíale Elvira el mal rato pasado en nuestra casa, invitado a almorzar, sin conseguir que hablase de alguna cosa. La Sra. de Cicu se extrañó de que ignorásemos esta especial afasia, y añadió que recién casados le solía preguntar al llegar al hogar qué es lo que había hecho... y Cicu replicaba: Tu pregunta y yo te diré sí o no.

Otro gran amigo de los españoles era Federico Flora, cuyos tratados de Economía y de Hacienda fueron textos en nuestras Facultades. Flora gustaba departir con nosotros y nos invitaba a su casa más de una vez. En ocasiones cuando acababa de recibir libros nuevos, de sus colegas nacionales y extranjeros... nos los regalaba, pues él —decía— ya no los iba a necesitar.

Algunos profesores se limitaban a la relación escolar. Eran muy pocos como el sucesor del gran Emilio Costa, Giovanni Bortolucci, romanista sin imaginación aunque con la prudente norma de mantener los textos didácticos de quien le había antecedido. El catedrático de Mercantil, Ageo Arcángeli, con quien yo debía hacer una tesina, era diputado, y aunque venía a cumplir sus deberes académicos con rigor horario, nunca tenía tiempo fuera de la clase para cualquier consulta. Quería que se las formulase por escrito, y se las enviase a la Cámara que es sin duda donde parece que encontraría algún huequecillo: «Lei mi scriva a la Camera», solía replicarme. Por el contrario Giovanni Tassinari, que explicaba Economía agraria, estaba siempre dispuesto a conversar (logré incluso que me diese artículos para revistas españolas). E igualmente Humberto Borsi, de Administrativo, que desplegaba una actividad de investigador y de estudioso impenitente que daba cursos de Derecho asistencial y de Derecho colonial como dos nuevas y sugestivas áreas de expansión del cuadrulado Derecho del que era titular. Al de Internacional, Gemma, le admirábamos más como padre que como maestro y no por el trato que nos daba sino por la belleza de sus hijas. El de Medicina Legal, Moriani, alcanzaba las más altas asistencias por lo animado de su monólogo y la fuerza retórica de los casos estudiados —inolvidables— como el de la impotencia consiguiente a la sorpresa recibida por quien vio irrumpir en un coche cama a quien cortó la tranquila relación sexual en que andaba metido.

Los viajes a Roma para consultar con Leicht mi tesis me permitieron presentarme a Del Vecchio con la carta de Altamira. Al recibirme por primera vez me pasó al comedor para enseñarme como muestra de hispanismo unas cerámicas talaveranas con escenas del *Quijote*... Y en otra ocasión, que incitó a suprimir mi apellido materno, pues al advertir que era Pérez me consideró seguro pariente del Embajador de Venezuela en Roma. (Realmente la duplicidad de los nombres de familia, frente a la unidad más general conduce a ello.

Si yo empezaba a ser el Sr. Pérez, Gascón y Marín se encontraba llamado Sr. Marín, según me confesaba, en reuniones internacionales donde el Marín solía ser francés). También para utilizar la carta de don Claudio Sánchez Albornoz viajé a Milán y me presenté a Arrigo Solmi, que me trató con cordial atención y me abrazó de tal manera que algún experto en masonería me ha explicado que debió tomarme por miembro de esa sociedad.

Durante mi estancia en Bolonia no me limité a conocer Roma y Milán. Estuve en Padua, a oír a Nino Tamassia, historiador del Derecho que encabezaba el grupo nacionalista. Y aproveché las vacaciones para recorrer otras tierras de Italia. Mi primer gran viaje fue a Sicilia. De Roma a Nápoles —con el Museo donde se presiente la ciudad calcinada de Pompeya—, Pompeya y el Vesubio, y por barco a Palermo. Una noche en el *Città de Catania*, conversación con el príncipe Humberto de Loewenstein, jurista como yo, pero además docto en astronomía, buen experto pues para contemplar con él un cielo estrellado, bien que yo le ganase en conocimientos turísticos..., pues me recomendaba un hotel que había sido cerrado años atrás. Taormina por su pasado helénico, Palermo con su tradición aragonesa, Catania con su Venus famosa, Siracusa en los días de Carnaval, con baile en el Teatro Máximo... y meditación bajo la Oreja de Dionisio (Donde éste tirano había hecho esculpir en roca una cueva que le transmitía cuitas y confesiones de aquellos a quienes allí recluía. Y me contaron que Caravaggio la estudió, prefiriéndola a toda otra representación del oído humano). Visité Venecia y en ella casi todos sus puentes, palacios y plazas; tomé café en el local que frecuentaba Stendhal. También estuve en Mantua, donde tuve por cicerone al profesor Torelli que suplía a Leicht en Bolonia y allí era archivero, con la maravilla del Palacio de los Gonzaga... y otras mil cosas. En Florencia coincidí con la Conciliación: aquel 11 de febrero en que Mussolini firmaba con Pío XI los Pactos de Letrán. Subo a la torre del Palacio de la Señoría: contemplo el panorama reticular urbano... y la multitud de banderas vaticanas al aire.

Fue una época decisiva. El fascismo, todavía sin la concurrencia del nazismo, se desplegaba como una confesión religiosa y no sólo política con sus Sagrarios para los Caídos y aquel Catecismo que declaraba que Mussolini tenía razón siempre. En Bolonia eran fascistas hasta los comunistas, pues el jefe de éstos, Leandro Arpinati, se unió al partido del Duce: gustaba decir que el fascismo no sirve, se sirve. Los catedráticos de mi especialidad, los historiadores, andaban sirviendo al fascismo: Arrigo Solmi era senador (y años después ministro), Pier Silverio Leicht —ya lo he señalado— inmediato a Mussolini como rector de la Instrucción pública... En Bolonia mismo presencié el plebiscito del 24 de marzo y contemplé, como interesado por la opinión y por la propaganda, el despliegue de ésta. Se insistía en la necesidad de fundir Italia y el fascismo, cara a todas las manipulaciones externas («Bisogna dire al mondo che l'Italia è fascista... e il Fascismo è l'Italia»). Recogí fotográficamente la campaña y le envié una carpeta con lo más relevante al catedrático de Político de Valencia, Mariano Gómez. Escribía crónicas para *Las Provincias*, a veces con un tono irónico más que crítico, aunque quizás algunos subestimaban aquél

para convertir la crítica en censura. Así debió parecerle al cónsul honorario de Italia en Alicante, Luigi Corno, propietario de una tienda bien conocida —«La Ciudad de Roma»— y lector puntilloso de mis crónicas, en el *Diario de Alicante* que las reproducía del cotidiano valenciano. Pocos días después el Rector del Colegio tuvo que salvarme de la expulsión inmediata con que me amenazaba el Gabinete de prensa de la Jefatura del Gobierno. Logró que me dejaran hasta los exámenes. No tuve más remedio que calentar calderas para terminar la tesis antes de plazo, renunciando a volver al año siguiente. Resultó ejemplar que el profesorado boloñés me diese no sólo la máxima puntuación y la calificación laudatoria... sino al final del curso, por acuerdo claustal, el Premio Víctor Manuel. Fueron unos meses de verdadera pasión por el trabajo. Sólo así se explica que entrenado tras ellos, y durante la vacación veraniega, en la terraza de la casa de la calle de Colón, en Villajoyosa, redactase lo que pronto fueron los cuatro volúmenes de *Derecho histórico español*, que prologó Altamira y editó Bosch, en Barcelona, entre 1930 y 1931. Más de mil páginas.

Dejé en Bolonia el escudo de mi ciudad natal. Acudía al Colegio con frecuencia un pintor catalán, Carmelo Davalillo, al que el Rector había encomendado, para ayudarle económicamente, el decorado de las bóvedas del claustro... y como no bastaban las armas de las capitales españolas para llenarlas se incluyeron las de las ciudades de donde procedíamos los colegiales. También nos hizo algunos retratos: el mío lo conservé sobre una foto, pues el original se perdió. Fue justamente el publicado por *Blanco y Negro*, dando noticia del Premio Víctor Manuel.

En fin, también debo recordar los días aciagos del terremoto. Sufrimos movimientos sísmicos aquel año 1929. Don Manuel Carrasco llamó al arquitecto para asegurarnos de la zona más segura del edificio. Nos recomendó nos guareciésemos, en la ocasión, bajo los huecos de cada uno de los pasos a nuestras habitaciones. La gente más temerosa abandonó Bolonia, pues no faltaba el aviso del cielo: era el entonces Beato Juan Bosco, ahora santo, quien había anunciado que Bolonia sería destruida... La más acomodada buscó refugio sobre las vías férreas; se aseguraba que ellas resistían todo movimiento, tanto «sosultorio» como «ondulatorio», es decir vertical u horizontal, y los ferrocarriles dispusieron un cierto parque de coches-cama y coches-comedor para atender a sus amigos. Algunos colegiales y bastantes boloñeses lo pasábamos mejor por los jardines de la Reina Margarita. Ya no había motivo para la destrucción: ¡la Bolonia roja se había hecho mussoliniana!

Aquellos meses en Bolonia —y en Italia— han venido metiéndose en mi sangre. Nunca he dejado de ser hispanoitaliano, que es fórmula muchas veces felizmente lograda entre gentes de las dos penínsulas. Pocos años después atravesaba el norte, entre Munich y Génova acompañando a mi maestro Konrad Beyerle que, invitado por Sánchez Albornoz a la I.^a Semana internacional de Historia del Derecho, acudía a Madrid. Precisamente en las breves horas que pasé en Milán encontré a un antiguo amigo boloñés: aquel judío triestino con quien ensayamos tolerancia desde el primer momento —íbamos juntos a nuestras respectivas devociones—. Y allí, en Milán Bruno Savaldi me confesó que

marchaba a Israel a meterse en un «kibutz» ¿Debo decir que me impresionó? Creo que es algo más: Savaldi era adjunto del mayor canonista de la época —Mario Falco—, acababa de difundirse su tesis doctoral sobre el error obstativo, con el que abría el camino al divorcio canónico... Como profesor y sobre todo como abogado su futuro era prometedor... (Ya no tuve otras noticias suyas que las de una carta en la que me describía su nueva vida, en régimen comunitario sin dinero, con cajetillas de cigarrillos, con billetes para el cine... Debió morir en la primera de las guerras subsiguientes). En Milán se nos unió Merchiore Roberti, catedrático de la Universidad Católica, y seguimos juntos los tres hasta Génova y luego por vía marítima desde Génova a Barcelona en el *Franca Fassio* ¡Qué gran diferencia con el *Conte Rosso*! La travesía del Golfo de León fue movidísima... Para colmo, en uno de los salones del barco se ofrecía a los viajeros un diario de abordo en el cual quedaba constancia de numerosas travesías difíciles. (Años más tarde leí un relato de otro viaje, en el servicio semanal Barcelona-Génova, testigo de él Ramón Ledesma Miranda: contaba casi lo mismo que yo y añadía «a veces la travesía se convierte en crucero, pues los temporales del Golfo de León se suelen desviar hacia Córcega...»). En fin, llegamos bien, y en el puerto nos esperaba Johannes Vincke que se me llevó a Bayerle a la residencia «Hogar Santa María» y se encargó del último trayecto del viaje. Roberti y yo seguimos hacia Madrid, donde coincidimos con otros profesores alemanes e italianos invitados, como von Schwerin, Marco Viora o Marongiu, venidos por tierra desde Friburgo o desde Milán.

Durante la guerra española, fugitivo de la zona sujeta al desgobierno, estuve por tercera vez en Italia, mas no salí de Sicilia. El buque turco *Karadenis* nos dejó en Siracusa... y no era cosa de volver a visitar la Oreja de Dionisio, sino esperar a regresar a España; lo que logramos en el buque-hospital *Gorizia*. Pocos años después, en 1950, recién publicada mi biografía del Cardenal Alborno, pasé algunos días en Roma para hablar de aquél en el Instituto Español que tan admirablemente regía Álvarez de Miranda.

Por quinta ocasión y gracias al VIIº Centenario del Monje Graziano volví a Italia y hasta la misma Bolonia. Representaba a la Universidad de Madrid, como ponente español. Otra vez pasé una semana en Roma, participé en el «Convegno Volpe», e hice una escapada a Florencia, donde mi mujer pudo acabar de entender a Italia tras haber vivido las jornadas gracianeanas, demasiado severas para nuestras consortes. Los museos alternaron allí con los jardines, y la bella ciudad se mostró a la vez jardín y museo. La villa Palmieri nos recordó a Boccaccio, y desde la villa del Castillo contemplamos el maravilloso panorama de lo que una vez fue la parte principal de aquella Península.

* * *

Mi segunda gran salida marca también la segunda influencia en mi formación. Una Orden ministerial, el 6 de agosto de 1931, nos pensionaba a cuatro

profesores para ampliar estudios en el extranjero. Los seleccionados por la Junta y confirmados por el Ministerio (Ministro, Marcelino Domingo, Subsecretario Domingo Barnés) éramos: Severo Ochoa, que iría a Estados Unidos, Orts Llorca enviado a Francia y Navarro Borrás y yo camino de Alemania...

Así como logré sin andaderas la beca de Bolonia, conseguí también, sin ayuda de nadie (¡qué admirables tiempos!) la pensión oficial para Alemania. A primeros de septiembre marché a Friburgo de Brisgovia, a donde tradicionalmente acudíamos los aspirantes a historiadores del Derecho –mis antecesores inmediatos habían sido Román Riaza y Manuel Torres–. Todos acudíamos a oír a Enrique Finke. Me instalé de momento en el Hotel Hohenzollern y luego en una hermosa vivienda con balcón frente a la Catedral y en la esquina de la calle del Emperador («Kaiserstrasse»), incluyendo el desayuno y aceptando la recomendación de no traer señoras. Salí de allí por incumplir tal regla, aunque yo me quise defender con un argumento semántico, pues se me había dicho «damen» y mi infracción, como era natural fue con una «fraulein». Asenté definitivamente en la calle del Jardín («Gartenstrasse»), sin cortapisas y más cerca de la Universidad.

La Universidad alemana tenía que impresionar a cualquier latino. No solamente difería de la española sino también de la italiana. Lo primero que hubo de llamarme la atención fue que para asistir a una conferencia se tenía que pagar. Y luego esa fluidez organizativa que dejaba un buen plazo, cada curso, para decidirse a escoger la disciplina. Así seguían los alumnos, además de las enseñanzas fundamentales, las apetecibles, y siempre aquellas cuyos profesores tenían más prestigio o desarrollaban temas más atrayentes –como aquel año Dante o Napoleón–. En mi calidad de profesor extranjero traté de mejorar mi preparación sobre las bases de nuestro Derecho histórico, tanto en la romana como en la germánica, sin olvidar el cultivo de la gran historia –con la frecuentación de los seminarios del famoso Heinrich Finke, el tan celebrado colector de las *Acta Aragonensia*, el Señor Consejero secreto («Herr Geheimer Rat») –como se hacía llamar–. Finke fue también consejero mío –y en general de sus alumnos– y no sólo imperial. A su lado Hermann Heimpel me introducía en la historia europea, a partir de las actas del concilio de Constanza, que andaba estudiando por entonces, y Robert von Keller oía mis puntos de vista sobre la investigación en torno a «los orígenes españoles» de los Derechos fundamentales que acababa de constituir su tesis doctoral... Con los tres no sólo tenía largas conversaciones en pequeños coloquios sino amplia y periódica charla en las cenas de la Sociedad Goerresiana. Se trataba de verdaderos «symposia» al modo helénico. Ocupaban la mesa y tomaban la palabra numerosas personalidades no sólo de la Universidad sino de la Cultura. Las presidía generalmente el arzobispo Schneider y aún muchas veces el Príncipe Adalberto: España estaba muy presente, y allí me enteré de cosas de las que aquí no había oído hablar: la participación de los jesuitas en la redacción de la Enciclopedia Espasa o la significación de la consagración de España al Corazón de Cristo en las relaciones de la Monarquía con la Iglesia.

Mi maestro en Historia jurídica germánica fue el Barón de Schwerin («Claudius, Fraiherrn von Schwerin»). Comparable en su trato a mi maestro italiano, Pier Silverio Leicht (no sin explicación por el fondo tudesco), Schwerin no sólo nos atendía en clases y seminarios, sino que me trataba con singular preferencia ya que también él era un cultivador de la historia jurídica española: su colaboración en el *Anuario de Historia del Derecho Español* es justamente fundacional, ya del número uno, en 1924. Por mi parte estaba interesadísimo por sus investigaciones sobre los derechos escandinavos —en los que ya Ficker señaló similitudes con los nuestros—. Y me llamaba en otras ocasiones. Puso a mi disposición su nutrida biblioteca en la cual, preocupado por la sedentariedad de cuantos leemos, había hecho construir un pupitre a la altura de los brazos para poder trabajar en pie... En la Navidad de 1931 me llevó a su mesa. Quiso que no la pasase sólo y me consideró uno más en su familia. No es olvidable nada de todo aquello. Por eso quise saber de él apenas concluida la guerra europea... Y me contestó su cuñada, la nueva Baronesa, Martha Ferrini, originándose una nueva amistad en aquella familia. Con ocasión de mi estancia en Munich, a fines del curso 1951, al ser invitado por la Universidad de Friburgo pude conocer a su hija. Vivía en una casita comprada con el importe de lo que la Universidad dio por la biblioteca de su padre. Era un hotel espacioso sobre la falda del Monte Zaehringer con vistas hacia la llamada Silla del Emperador («Kaiserstuhl») y a la llanura renana... pero a la chica le dolía no poder contemplar el campanario de la Catedral... Para eso hubiese tenido que ser en la otra vertiente... y tales vistas eran tan apetecidas que permitían a los constructores doblar el precio de la casa. En verdad alcanzar el panorama de la Catedral y de aquellas torres de las puertas de los Sajones y de los Suavos, era ya en sí una delicia. Tan yo mismo no las había olvidado que pocas alegrías fueron para mí comparables a la de advertir, viendo en el Instituto Francés un reportaje bélico, que se habían salvado las dos. Y también la Catedral... Y la Banca Krebs donde acudía a cobrar mis pensiones todos los meses.

El Derecho romano me ofrecía en Friburgo dos maestros, Pringsheim y Schulz. Trabajaban juntos y no sólo en los seminarios. Teníamos todos los miércoles una sesión vespertina que se convertía luego en cena y charla, ya sin papeles ni documentos. Nos reunía a los alumnos de más alto nivel y a los profesores extranjeros, convocándonos por medio de minucioso tarjetón que especificaba las fechas concretas, pues algún miércoles estaba cancelado por una obligación mayor o un previo compromiso. Así las densas horas semináristicas encontraban el colofón de una charla distendida y amable, ante una mesa bien surtida y los alegres vinos del Rin. Y hablábamos de todo, tan es así que el tema de la situación española no podía escaparse. Era el tiempo en que la prensa alemana solamente contaba desórdenes («unruhe») en nuestra tierra. Los había, en efecto, pero no era lo único que sucedía. Estuve así, por invitación suya, en la Casa Roja («Rot Hause»), centro del Partido Socialista; me explicaron lo que sabían sobre España y me pidieron que les rectificase. Estaban bien informados.

Con la persecución nazi tanto Pringsheim como Schulz tuvieron que huir. De Schulz tuve luego noticias; se instaló en Turquía. Pringsheim estuvo en Inglaterra y regresó a Friburgo tras el armisticio. Al ir a esta última ciudad desde Munich, en 1951, lo encontré allí: era el verdadero profesor «europeo», los inviernos en Oxford, los veranos en Friburgo... Pero la hermosa casa donde vivía había sido incautada y vendida por tratarse de una propiedad judía. Precisamente esa casa me había interesado por su distribución racional: amplio vestidor y sala amplísima con mesa central, y desde luego su ubicación, dentro de una siempre verdeante parcela solamente bajo la nieve discordante con las pinturas de sus cuatro fachadas.

Además de las clases específicamente ligadas a mi propósito de llegar a ser Catedrático de Historia del Derecho, acudí en Friburgo a algunas lecciones de filosofía y de arte. Sin matricularme, como oyente me mostré interesado por Dante y por Napoleón, más también estuve prendido del modo de argumentar del gran Heidegger. El pronto considerado gran filósofo era ante todo gran amigo de sus alumnos. Casi acababa de lograr plaza como profesor, tras el fracaso de su tesis, cuatro años antes, por un tribunal presidido por Spranger. Le visité en dos o tres ocasiones, en su casa también con el salón con gran mesa, como la de Pringsheim y con ventanal al jardín, y le seguí un fin de semana en la Selva negra.

El antecedente de la presencia de dos españoles que ya eran catedráticos —Manuel Torres, en Salamanca desde 1926, y Román Riaza, siempre en la Central—, me favorecía. También Antonio Luna era recordado aunque en otra disciplina. Por cierto que Antonio tomó demasiado en serio la posibilidad de que nos adaptásemos a los usos tudescos. Cuando era Catedrático de La Laguna tuvo que abandonar la experiencia de fraternizar con sus alumnos —eran los tiempos de no más de veinte por clase—. Los llevaba a casa, les daba merienda, los acompañaba en excursión al Teide... y luego pretendían que los aprobase.

Entre los alumnos con quienes tuve más relación figuró un príncipe: Francisco José de Liechtenstein, que pocos años más tarde —en 1938— empezaría a reinar. Llevaba consigo un sillón y un gramófono, ambos singulares. Éste era muy moderno y servía mejor a la música más novedosa que a la clásica. Aquél consistía en dos planos complementarios para sentarse y para apoyar los brazos; mientras el asiento se estrechaba hacia adelante, las tablas dedicadas a recibir los codos lo hacían al revés: eran más anchos a su término. Nos llevamos muy bien... pero no consiguió que yo le sucediera en la Asociación de estudiantes extranjeros, a la que, en esa circunstancia, tocaba tener un presidente latino, y el deseo del saliente era que fuese yo en lugar de un rumano. Traté también a una italiana, romanista, Maria Emilia P. Longo, docente en Catania o Palermo, y allí ampliando sus estudios para ascender en la carrera universitaria. Estaba muy interesada en el Derecho de la Baja romanidad. Y tuve por compañero al pronto ilustre Franz Wieacker... Y si fallé como esquiador, me mantuve bien en el patinaje y continué progresando en el tenis. Si en Bolonia me acompañaba Miguel Royo, en Alemania me encontraba cada

vez con nuevos amigos. En otro terreno asistí a la presentación de la película *Maedchen in uniform*, y conocí a una de sus actrices, hija del Maestro Padilla.

Desde Friburgo me trasladé a Munich y me instalé en el hogar universitario de la calle de los Turcos. Me puse a trabajar con el profesor Konrad Beyerle, titular de Historia del Derecho. Seguí ocupándome de las fuentes germánicas y del derecho territorial tudesco, con sus «espejos», próximos a nuestras «fazañas». Otra vez encontraba vínculos entre ambos sistemas. En Munich trabajé con quien había conocido en Friburgo como auxiliar de Finke y aquí empezaba a serlo de Beyerle –Hermann Heimpel (de quien luego he tenido noticias desde Gotinga hasta su jubilación... y aún hasta la fiesta de sus 80 años)–. Heimpel era un gran compañero y no sólo colaboraba en los trabajos académicos sino que me introducía en el ambiente muniqués. Creo recordar que su padre era un alto jefe de los ferrocarriles, precisamente allí. Con Heimpel festejé la cerveza nueva, la «Maerzenbier» o «Josephbier», por San José, en marzo. Cumplimos la costumbre de visitar tres fábricas y tomar en cada una un litro de tan estimulante bebida. Pasé una mala noche, pero ¡cómo me sentí integrado en la sociedad muniquesa!

Cuando iba a pedir prórroga en mi pensión, Beyerle me ofrece puesto en su seminario, como profesor invitado («Gastdozent»). Lo acepté y ocupé despacho propio en el ex-regio Palacio de Wittelsbach, cerca del antiguo «boudoir» de la Reina, donde teníamos la sala de reuniones.

Traté entonces a un gran amigo italiano, Giuseppe Bettiol, que estudiaba Penal y con quien coincidí en el hogar universitario. Convinimos ir juntos a comer a mediodía la gran ración de carne que es hábito alemán... y por la noche acudir a un restaurante vegetariano, es decir de pescado, de huevos y de verduras. Con tal motivo instrumentó una cancioncilla... Años más tarde, cuando era Ministro de Justicia y visitó España, le encontré en la Embajada italiana y al verme entrar en el salón me recibió repitiendo:

Giovanni Beneyto e Giuseppe Bettiol
mangiano insieme patate e blumenkohl!

Se mantenía siempre como hombre de humor. Era presidente de la minoría democristiana en la Cámara italiana y fue, en efecto, como acabo de notar, Ministro. Era el tiempo de fin de curso y el presidente de la minoría comunista le felicitó con un símil académico: Aprobaste en junio, pero te suspenderán en septiembre («Avete ruscito in giugno, ma sarei bocciato in settembre...»). Bettiol contestó: Mejor, así repetiré... («Meglio, cosí, ripetiró corso»).

Un español se alojaba también en la residencia de la calle de los Turcos: Manolo Corachán, hijo y nieto de médico famoso en Cataluña y aspirante a seguir los pasos del padre y de su abuelo. Me contaba sus progresos en la cirugía, y sus investigaciones en los laboratorios de su maestro, Ferdinand Sauerbruch, a quien darían celebridad, años después, en la Charité berlinesa sus operaciones «en cadena», único modo de atender a tantos casos. Corachán recordaba a médicos de su familia desde siglos atrás, como los cultivadores de

las ascendencias nobiliarias suelen hacerlo. Me llevó alguna vez a observar los ensayos que hacía en el parque de cobayas de la clínica. Su padre fue Ministro del Gobierno de la Generalidad catalana desde mayo de 1936, mi compañero murió en plena guerra, en 1938, aún antes de su padre —que hubo de cerrar su consulta y falleció tres años más tarde.

Mi estancia en Munich, prolongada sin ayuda española gracias al puesto de profesor, cambió entonces de signo. Sin dejar de trabajar sobre lo germánico —y ya allí un poco también sobre lo canónico— tuve que ocuparme de exponer lo español: expliqué durante varios meses un curso entero de Historia de nuestro Derecho. Acudían alumnos de Beyerle, más también otros estudiantes. Di por concluida su mayor parte ante el viaje a España que imponía la convocatoria de la I.^a Semana internacional de Historia del Derecho español. Era Ministro de Instrucción Fernando de los Ríos... y Rector de Madrid Claudio Sánchez Albornoz. Tal oportunidad no podía perderse. Don Claudio me pidió que le llevase a mis maestros, y me esforcé porque Schwerin y Beyerle encontrasen fechas libres, y —como ya he señalado— acompañé personalmente a Beyerle y a Roberti. La crónica de la Semana es conocida y sus resultados están ante todo en los trabajos insertos en el *Anuario*. Las sesiones se celebraron en el Pabellón de Gobierno de la Junta constructora de la Ciudad Universitaria, tras una solemne inauguración en el Auditorio de la todavía en pie (destruida su base material durante la guerra) Fundación del Amo. Estuvimos en Toledo, en El Escorial, en Salamanca... donde tuvimos ocasión de pasear de noche, por las bellas ruas de la villa, oyendo y admirando los decires del Rector Unamuno. Antonio Luna fue uno de los acompañantes más conversadores, audaz aplicador de técnicas: contaba que había aprendido a esquiar y a nadar siguiendo manuales alemanes... Entonces me pidió que me adhiriese a cierta Unión Católica de Estudios Internacionales, ligada a la Universidad suiza de Friburgo, con sección española que presidía el Marqués de Guad-el-Jelú... No faltó la visita al Palacio Real, llamado entonces Nacional, y al Presidente de la República, Alcalá Zamora. De tal ocasión es una anécdota personalmente vivida que sirve ahora para señalar la obra de magia que ha sido la Restauración borbónica. Mientras esperábamos ser recibidos por el Presidente, charlamos con Schwerin, Beyerle, Roberti y yo. Se acercó hacia nosotros el Rector de Madrid y haciendo recaer nuestra mirada hacia una puerta del recinto posterior, exclamó refiriéndose a la reciente historia: «Por ahí salió Alfonso XIII». Casi sin oír el final de la frase preguntó Roberti: «¿Y no se ha tapiado?». Porqué —añadió— «nosotros, en Ferrara, cerramos a cal y canto el portillo por donde salió el Duque, para que no pudiese volver». Y don Claudio rápido cortó: «Aquí no hace falta, no volverá».

Yo aproveché aquellos días para acudir a la Junta de Ampliación de Estudios y ver al activísimo secretario, Jiménez de la Espada. Le conté que no había pedido ampliación de la pensión porque me trataron en Munich como un profesor más, pero que iba a seguir trabajando en Berlín y ya la necesitaba. Me aseguró que la concederían y me marché tranquilo de nuevo a Alemania, tras pasar unos días con mi familia en Valencia y aprovechar el paso por Bar-

celona para averiguar qué sucedía con el retraso en la edición de una *Història del Dret valencià* que me había pedido la Editorial Beuter. Y fue curioso que mientras hablaba con Fernando Valls Taberner, después de oírle una conferencia en el Ateneo, se me acercó uno de los hermanos Sánchez Sarto, gerentes de la Editorial Labor, para pedirme que escribiese un estudio sobre el Nacionalismo que deseaban incluir en su Colección de Iniciación Cultural, donde ya habían aparecido el Conservatismo de Lord Cecil, el Liberalismo de Hobhouse y el Socialismo de MacDonald... ¿Cómo negarse a figurar junto a tan altas figuras, siendo yo apenas un aprendiz de historiador?

Volví pues a Munich aquel final de primavera, aunque por poco tiempo, planeando ya mi marcha a Berlín, para trabajar con Ulrich Stutz. Pero la etapa de Munich marcó profunda huella en mi talante. Recuerdo haber vivido en la hermosa ciudad del Isar la última época de la República weimariana, con las postreras, elecciones de Hindenburg. Recorrí sus alrededores, navegué en sus lagos, ascendí a alguna de sus montañas, mas advertí también la gran marejada política. En Munich se sentía uno germánico... sin dejar de ser del todo latino. Esa muestra de humor al calificar como las tres virtudes la plaza donde estaban la Universidad, el Seminario y un gran colegio femenino, y aquella de hablar de los dos poderes ante los edificios de la Nunciatura y de la sede del Partido Nazi. Entre Munich y Berlín viví el ascenso del nuevo poder. Oí a cierto P. Mayer, en la Iglesia de la Compañía, que era pecado votar a Hitler. Mas a la Iglesia no la seguían sino las madres de familia que votaban al Partido Popular bávaro, mientras los padres votaban socialismo... y los hijos —e hijas— nazismo. En Berlín, en 1933, ya estaba Hitler en la Cancillería. Mi llegada a Berlín coincidió con una campaña de prensa «para conocer a los judíos»: las revistas dedicaban sus portadas a presentar los rasgos raciales y los textos proponían especie de vademecumes para descubrirlos.

También entre Friburgo y Munich se había quedado en mi una cierta preocupación sobre los estudios de Periodismo, que ya me marcó desde entonces. En Friburgo, la Facultad de Letras incluía estudios sobre Prensa y Cine («Presse- und Filmwesen»). Con la irrupción propagandística del Nazismo empezaba a comprender que se trataba de preceptivas —y de técnicas— que merecían una consideración académica. No atenderlas bien, podría llevarnos a caer en lo que luego se ha llamado «desinformación». Precisamente con el encargo de la Editorial Labor iba a tener que probar yo mismo tal hipótesis: necesitaba saber cómo informar. Empecé a buscar en Berlín los primeros libros sobre la Ciencia de la Prensa («Zeitungswissenschaft») que todavía se llamaban solamente de Conocimiento de la Prensa («Zeitungskunde»). Y me dí cuenta de que para redactar mi manual no sólo había que acudir a los textos sino a las realidades: un compañero de Universidad me contó lo que fue la «noche de las cien alarmas» y yo mismo vi, poco después, la hoguera de la Plaza de la Opera.

Cuando en mi primer informe a la Junta de Ampliación de Estudios señalé la frecuentación de bibliotecas como centro de mi trabajo, observó justamente el Secretario Jiménez de la Espada que era más barato comprar libros que

enviar becarios... Yo le expliqué que todavía no estaban abiertas las clases, y desde entonces busqué antes a los maestros que a los libros. Y aún en general me interesé por el trato humano. También lo comprendía así, en mi estancia en Berlín, el gran maestro Stutz. Nos llevaba a su casa, con gran jardín, en las afueras y nos invitaba a beber cerveza y a cantar el «Gaudeamus igitur»... Estaba ya viejo y sobre todo había perdido influencia. La había tenido tal en esta cuestión de conseguir plazas para sus discípulos que cuando las cosas se ponían difíciles se decía que la única manera de lograr la cátedra de historia era casarse con una hija de Stutz. Fue el fundador de una propia manera –nacionalista– de concebir el Derecho canónico, viéndolo no sólo como ley de la Iglesia sino como ley «eclesiástica» particular de cada Estado. Había difundido una tesis original sobre las «iglesias propias», según la cual este mecanismo era consecuencia del poder territorial: los señores germanos tenían capillas en sus fincas y las hacían atender por un clérigo... y percibían todas las oblaciones. (Llegó a confesar en un momento de alegría que empezaban a hacerle mella las objeciones a su teoría hasta el punto que debería rectificarla, pero que le frenaba el pensamiento de que si lo hacía su nombre desaparecería de los libros). Seguí sus trabajos de Seminario sobre el Dietario del Dean de Minden (que empezaba señalando el mal ejemplo de cierto prelado que perdonaba los pecados contra entrega de una limosna... y apostillaba que no estaba mal: el pecador ahorrraba confesarse y el confesor no tenía la fatiga de absolverle). Investigué en la línea de las relaciones entre la Iglesia y las ciudades y compuse una extensa referata sobre esa cuestión con datos de fueros municipales de Castilla...

La vida en Berlín era agradable y como además de las actividades académicas andaba recogiendo material para mi manual sobre el Nacionalsocialismo, me quedaba poco tiempo libre. Vivía en la zona de Tempelhof, cerca del aeropuerto –al que acudía alguna vez a almorzar contemplando el verde y el azul de la pradera y del cielo–, me encontraba con chicas citándome bajo el reloj del Zoo, iba a bailar a la típica casa de Pedrito («Peterschen Ballhaus») en la Plaza de Alejandro (centro de la famosa novela *Berlin, Alexanderplatz*), visité morosamente Weimar desde donde remití postales con el Molino de Sans-souci... Y hasta recuerdo los anuncios del Metro, desde las corbatas inarrugables («knitterfrei») a los lápices de labios resistentes al beso («kussfest»)... Imaginemos en aquel ambiente la represión nazista. Advertí una tarde una manifestación estudiantil, que venía desde el Jardín Botánico hacia Unter der Linden, zona que frecuentaba por ser sede de la Universidad: era el ceremonial de la gran quema de libros de la Plaza de la Opera. Supe el detalle en la prensa del día siguiente. Empezó con un discurso de Goebbels sobre la necesidad de restaurar los valores morales (Acaso no hacía sino repetir lo que había aprendido en el Seminario católico). Se quemaron las novelas de Ludwig y de Remarque (Otro testigo español fue González Ruano que lo relata en su *Medio siglo se confiesa a medias*. Ardieron –dice– Remarque y Ludwig, «yo no»).

El triunfo de Hitler es obra de magia, de sugestión y de habilísimo aprovechamiento de los mecanismos democráticos. Vieron en él a uno como ellos:

llegado desde abajo, sin grado militar, sin ascendencia nobiliaria, sin prestigio académico... y un poco porque se le situó entre los creadores, entre los artistas –aquel pintor vienés, diseñador con «charme»–. Yo recogí datos e impresiones aquella primavera, los ordené en el verano... y a principios de 1934 salía en Barcelona bajo los tórculos de Labor como núm. 350 de su Biblioteca de Iniciación Cultural. Ahí quedan como producto también de mi pensión..., como obra de las horas libres que me dejaba el Seminario de Historia del Derecho eclesiástico.

Luego, bajo el nazismo, estuve una única vez en Alemania: junto con Ernesto Giménez Caballero. Fue un Congreso en Weimar, atravesando Francia bajo la amenaza de las bombas y aún teniendo que refugiarnos en Weimar mismo en los sótanos del Hotel del Elefante. Era la prédica europeísta y universalista, cuando se atraía a los musulmanes y a los hindúes. Más sin acudir allá, desde aquí, en España mantuve una relación indirecta –gracias a la Asociación hispano-germana que creó el Ministro Serrano Suñer para filtrar la propaganda que se nos trataba de introducir–. Y aún por alguna visita de viejos amigos. Vinieron los que huían de los nazis y alguno de los que permanecieron. Aquel que me describía en Berlín la noche de las cien alarmas era un experto en Derecho aéreo simpatizante del Partido. Vino como comisario en la intervención de la Casa editorial y distribuidora francesa Hachette. Le tocaba hacerlo en España por ser filial suya la rotulada Sociedad española de Papelería y Librería. Tuvimos una extensa conversación, pues le invité a comer en un restaurante típico. Oponía muchas reservas a la política de Hitler... apenas le parecía bien una: la libertad de amar, la unión libre en lugar del matrimonio. (Él la había aplicado y estaba encantado de tener mujer de cuando en cuando ante la benevolencia de los padres de ella). Hitler lo veía como manera de aumentar la población, sin las trabas de una sola mujer. Se quejaba de casi todo lo demás, especialmente del talante de quienes mandaban. Cuando la guerra termine –explicaba esperanzado– cesará el poder de los delegados de distrito («Gauleiter»)... y recobramos influencia los hombres cultos ahora desplazados por los duros. Ya no lo he vuelto a ver. (También los ingleses se las pintaban felices frente a la prepotencia yanqui: La mesa de la paz, me confesaba un amigo británico, tendrá que ser una mesa de cerebros...).